



Reseña del libro

VIVIR (bien) CON MENOS. Sobre suficiencia y sostenibilidad.

Manfred Linz, Jorge Riechmann (coord.), y Joaquim Sempere.

Icaria Editorial/Centro de Investigación para la Paz (CIP/FUHEM).

Óscar Carpintero

Profesor de Economía Aplicada
Universidad de Valladolid

¿Es posible una vida buena, una vida que merezca la pena disfrutarse, reduciendo al mismo tiempo el consumo de bienes y servicios y nuestra utilización de energía y materiales? ¿Cómo se puede hacer compatible esta aspiración por el “menos” en una sociedad que se afana por premiar la mayor producción y consumo y, además, cuanto “más deprisa y más lejos” sea éste, mejor? ¿Podría subsistir un sistema económico en los países ricos orientado hacia la reducción de la producción en vez de hacia el crecimiento material de bienes y servicios? ¿Qué consecuencias tendría este cambio de estrategia? Y, sobre todo, ¿cómo podríamos avanzar hacia ese escenario?

Estas y otras cuestiones similares son planteadas con lucidez y rigor en los capítulos que forman parte de este breve y jugoso libro. Lo componen dos textos de Manfred Linz, uno de Jorge Riechmann y otro de Joaquim Sempere, esto es, de tres investigadores que, a lo largo de los años, han aportado buen juicio y sólidas argumentaciones sobre estos desafíos. Argumentos todos que, en general arrancan, más o menos explícitamente, de la siguiente tesis: la (in)sostenibilidad nos obliga a pensar las relaciones economía-naturaleza como una cuestión de escala o tamaño del sistema económico dentro de la biosfera. Un tamaño que empieza a ser tan grande que ya hemos desbordado los límites rompiendo varias de las costuras, tal y como se encarga de recordarnos el deterioro ecológico y social reinante. Pero, por ello mismo, para vivir dentro de nuestros límites, surge de manera natural el nexo de unión entre suficiencia y sostenibilidad, entendida la primera como un *menor* consumo de recursos naturales motivado, a su vez, por una demanda *inferior* de bienes y servicios materiales.

Tiene razón Manfred Linz cuando diferencia entre la (eco)eficiencia, la coherencia y la suficiencia como los tres caminos para alcanzar la sostenibilidad. Ahora bien, tal y como él mismo reconoce, no todos tienen similar importancia para lograr ese objetivo. Mientras los dos primeros se refieren, sobre todo, al desarrollo tecnológico necesario para cumplir con esa tarea, el tercero de ellos plantea retos de mayor envergadura y calado. Efectivamente, la (eco)eficiencia, es decir, la mayor productividad de los recursos o el mejor aprovechamiento relativo de la energía y los

materiales por mercancía o servicio producido (“hacer más con menos”), es una condición necesaria cuando se quiere reducir el impacto ambiental, pero apenas suficiente. Por desgracia, generalmente los ahorros logrados en el uso de recursos para fabricar o consumir una mercancía suelen espolear un mayor consumo absoluto de dichos bienes (tal y como se encarga de recordarnos el llamado “efecto rebote” en ámbitos como el transporte, las comunicaciones, los envases, etc.). Por tanto, el saldo global de una mejora tecnológica está siendo, lamentablemente, un mayor impacto y degradación ambiental.

El caso de la coherencia —o *biomímesis*, como ha sugerido acertadamente, entre nosotros, Jorge Riechmann— presenta algún matiz diferente, pues se trata de diseñar la “tecnosfera” de manera compatible con lo que sabemos sobre el funcionamiento de los ecosistemas, imitando sus ritmos y enseñanzas. Lo cual quiere decir, sobre todo, avanzar hacia un modelo energético de base renovable y hacia el cierre de los ciclos de materiales. El problema, también aquí, no es solo que producir bienes y servicios “coherente o biomiméticamente” va a generar costes ambientales y sociales —ciertamente muy inferiores— que habrá que evaluar en cualquier caso; sino, tal vez, lo más importante: que ni siquiera con esta forma de producción ecológicamente compatible será posible seguir manteniendo los *actuales* niveles de consumo de bienes y servicios en los países ricos. Lo que nos lleva directamente al tercer camino: la suficiencia.

No es fácil plantear socialmente y de manera abierta la cuestión de la *reducción* en el consumo de bienes y servicios. ¿Cómo conseguirlo?¹ Lo primero a tener en cuenta es que las estrategias se pueden —y deben— acometer en dos planos complementarios: el individual y el colectivo. Por ejemplo, Manfred Linz encarrila sus esfuerzos en una triple dirección: a) explorar y mostrar los motivos que pueden mover a la población hacia la suficiencia en su vida cotidiana, mostrando ejemplos y viendo sus posibilidades de generalización; b) analizar las ventajas de la suficiencia para las empresas y la economía en su conjunto, y c) plantear los cambios que habría que promover en la esfera política para favorecer una economía y una vida más austeras. Linz realiza en el capítulo inicial apreciaciones interesantísimas sobre el primero de estos asuntos. Sin embargo, me interesa destacar aquí su análisis sobre el segundo punto pues, seguramente, representa el principal escollo a la generalización de la estrategia de suficiencia, a saber: las posibles consecuencias sobre el funcionamiento de las empresas y las economías de los países ricos. Linz argumenta, en primer lugar, *a contrario*: aporta y recopila datos contundentes que permiten desterrar de una vez la tesis de que, en los países ricos, el actual crecimiento económico resolverá los problemas sociales (desempleo y pobreza) o ambientales. La dinámica de crecimiento exponencial hace que, pasados los años, y superadas las primeras etapas, sea cada vez más difícil mantener tasas elevadas de aumento de la producción, incurriendo en fenómenos de *jobless growth* (crecimiento sin creación de empleo), donde el grueso de las inversiones empresariales buscan una mayor “racionalización” de la producción en vez de crear puestos de trabajo (sin atenuar, además, el deterioro ambiental, tal y como la economía ecológica ha venido demostrando).

Si el crecimiento económico, tal y como lo entendemos hasta ahora, no es la solución, esto obliga a plantear y a explorar los mecanismos de suficiencia, enfatizando la reducción en el sobreconsumo y la sobreproducción para no transgredir más los límites, a la vez que se alientan los mecanismos de reparto y redistribución. Y

¹ Una de las virtudes del libro es que permite acercar al público hispanico los resultados provisionales del proyecto interdisciplinar que sobre “Sostenibilidad y Suficiencia” se está llevando a cabo en el Instituto Wuppertal alemán bajo la dirección de Manfred Linz. Son precisamente las dos aportaciones de Linz en el libro las que resumen los primeros resultados provisionales de este proyecto en marcha.

aquí, en este contexto, me parece necesario *no* hablar explícitamente de “decrecimiento”. El Producto Interior Bruto (PIB) que es el indicador utilizado para medir el crecimiento o aumento de los bienes y servicios es un cajón de sastre contable donde se agregan actividades con muy desigual impacto sobre el bienestar social y ambiental de una población (desde el gasto militar, al gasto en educación o sanidad,...). Y conviene discriminar. En una sociedad que camine hacia la suficiencia —escribe Linz— podrá “crecer todo aquello que fomente la sostenibilidad y la calidad de vida”, pero al mismo tiempo “tendrá que menguar lo que favorezca el sobreconsumo de recursos: es decir, productos de corta vida, bienes posicionales destinados a resaltar el estatus social de sus poseedores, y todo lo que fomente el despilfarro de materiales y energía”. En efecto, parece obvio que en la sociedad a la que aspiramos, los sectores relacionados con las energías renovables, la reutilización y el reciclaje, los servicios de alquiler, los consumos colectivos, la agricultura ecológica, la producción industrial limpia, etc., *deberán crecer*. Cuál sea finalmente el saldo de esta operación en términos de PIB dependerá, y mucho, de la valoración monetaria que otorguemos a cada una de estas actividades. Un reflejo monetario que, a su vez, dependerá, como sabemos, del marco institucional, los incentivos y las penalizaciones correspondientes.

El crecimiento cuantitativo de estas actividades más saludables social y ecológicamente, unido a la orientación más cualitativa del aparato productivo hacia la durabilidad de los productos, la reparabilidad de los bienes, la incorporación, promoción y reconocimiento social de actividades relacionadas con el “tercer sector”, y una paulatina regionalización de los circuitos de producción y consumo, llevan a Linz a afirmar que las consecuencias económicas de la estrategia de suficiencia serán globalmente positivas para el bienestar social. O que, en cualquier caso, existen fundadas razones para intentarlo.

Y en ese intento, la tensión entre la necesidad de actuar colectivamente a favor de la suficiencia y la posibilidad de modificar la actual situación a través de la suma de acciones individuales, constituye el objeto de reflexión de Joaquim Sempere². Su texto titulado: *¿Es posible la austeridad voluntaria en un mundo que se hunde en la insostenibilidad ecológica?*, pone sobre el tapete varios e importantes elementos. En primer lugar, recuerda que los esfuerzos por lograr voluntariamente una existencia más austera, menos despilfarradora y sometida a la manipulación —es decir, ejercida moralmente como autodominio y autocontrol— se han producido históricamente tanto en contextos religiosos como laicos. En todos ellos, la característica común es que la austeridad voluntaria se ejercía *colectivamente* como única manera de no ser, finalmente, sometido a la presión de un entorno social refractario hacia las prácticas de reducción del consumo. El problema es que, como reconoce el filósofo catalán, los experimentos sociales amplios encaminados a transformar los hábitos de consumo en una perspectiva ecologista no están teniendo el suficiente eco y capacidad de difusión, lo que no quita para que cada vez esté creciendo más la austeridad voluntaria de personas y grupos especialmente concienciados ante la gravedad de la situación. De ahí que Sempere plantee la austeridad impuesta como la única austeridad viable a escala social. Aunque enseguida añade: “no es preciso que la imposición sea externa a la sociedad: ésta puede autoimponerse medidas de austeridad decididas mediante mecanismos democráticos. En este caso tenemos una voluntariedad de segundo grado”. O lo que es lo mismo, se trataría de “*una austeridad no voluntaria pero voluntariamente autoimpuesta por la colectividad*”. Sempere avanza algunas de las formas que podría tomar ese tipo de austeridad convergiendo con varias de las propuestas defendidas por Linz o, más tarde, por Riechmann: ecoeficiencia, políticas

² Sempere es, probablemente, uno de los autores que con más rigor y profundidad ha reflexionado, entre nosotros, sobre el espinoso tema de las necesidades humanas. Su excelente texto *L'explosió de les necessitats*, Barcelona, Edicions 62, 1992 —del que se acaban de cumplir tres lustros—, pide urgentemente una traducción al castellano que —esperemos— llegue pronto.

de gestión de la demanda, durabilidad y reparabilidad, reforzamiento del estado protector,... Pero también algunos principios generales para orientar la acción: énfasis en la igualdad como medio de reducir la huella ecológica, desarrollo personal, autorregulación colectiva de las necesidades, etc. Todo ello, en definitiva, para pasar también de simples consumidores a ciudadanos responsables a todos los niveles.

Con estos mimbres llegamos al texto de Jorge Riechmann que sirve de cierre. Riechmann es autor, entre otros libros, de la indispensable *Trilogía de la autocontención*³, y del reciente *Biomímesis*, lo que revela un esfuerzo exhaustivo de análisis y reflexión filosófica continuada sobre la necesidad de la *autolimitación* individual y colectiva en un “mundo ya lleno”, pero también sobre las posibilidades y beneficios de reorientar nuestra tecnología imitando el funcionamiento de los ecosistemas. Este capítulo tiene la virtud de destilar, en forma casi aforística, varias de las principales tesis de Riechmann sobre la crisis ecosocial y los asuntos que la rodean.

En primer lugar, claridad en el diagnóstico y “realismo sobrio”: “No es posible construir una sociedad ecológica sin poner radicalmente en cuestión las estructuras de poder y propiedad. Ni es posible sin introducir radicales medidas de limitación en el consumo de energía y materiales. Estas son verdades que, en las sociedades del Imperio del Norte, casi nadie quiere oír. Pero no por eso vamos a dejar de enunciarlas”. Efectivamente, el movimiento ecologista (científicos preocupados incluidos) lleva razón desde hace décadas en su crítica y sus alternativas, aunque desgraciadamente “el partido de la guerra está ganando este combate”. Por eso, más que nunca, necesitamos “recuperar la idea de situación límite”, para oponer a ella la estrategia de la austeridad y la autocontención, que evite seguir ocupando espacio a costa de la existencia del resto de seres vivos (humanos y no humanos). Como explica Riechmann, “no solo para no transgredir límites ecológicos básicos, sino para respetar el espacio del otro, para dejar existir al otro. La idea no pertenece solo a la ética ecológica, sino también a la ética social”. Así pues, no aumentar el tamaño para dejar respirar y vivir al resto.

Este cambio también debe imponer otros ritmos, otros tiempos más pausados, que huyan de la aceleración y la velocidad extrema, agentes también del deterioro. Porque la vida buena tendrá que ser más lenta y trabajada casi artesanalmente. En palabras del filósofo madrileño: “La democracia requiere tiempo y trabajo; el desarrollo de las capacidades hasta la excelencia requiere tiempo y trabajo; educar a un niño o a una niña requiere tiempo y trabajo. Casi todo lo realmente valioso en este mundo requiere tiempo y trabajo. En cambio, la infantilizada mentalidad del consumidor que tiende a prevalecer en las sociedades contemporáneas busca satisfacción inmediata, al coste que sea. Y uno de los costes —y no el menos importante— es la devastación de la biosfera”.

No olvidar, en todo caso, que el cambio hacia otra sociedad más austera y suficiente nos va a obligar a hacer muchas cosas *de otra manera*, y para ello habrá que estar preparados. Pero no nos obsesionemos, también debemos practicar *las virtudes del no hacer*. “mejorar la calidad de vida —recuerda Riechmann—, avanzar hacia la sostenibilidad requerirá no solamente hacer (cosas, obras, grandes proezas tecnológicas, etc.), sino también *no hacer*, dejar de hacer”.

Todo un reto.

³ Compuesta por los libros: *Un mundo vulnerable*, *Todos los animales somos hermanos*, y *Gente que no quiere viajar a Marte* (Madrid, Los Libros de la Catarata).